

# PHILIP KERR



Una investigación de  
**BERNIE GUNTHER**

## Laberinto griego



RBA

Título original inglés: *Greeks Bearing Gifts*.

Autor: Philip Kerr.

© Thynker Ltd, 2018.

© de la traducción: Eduardo Iriarte Goñi, 2019.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.

Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

*Primera edición: febrero de 2019.*

REF.: OBF1256

ISBN: 978-84-9187-278-8

PLECA DIGITAL · PREIMPRESIÓN

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

# ÍNDICE

Dedicatoria

Cita

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54

55

Nota del autor

Philip Kerr. Bernie Gunther

Philip Kerr. Scott Manson

ESTE LIBRO ES PARA CHRIS ANDERSON Y LISA PICKERING,  
A LOS QUE ESTOY MUY AGRADECIDO.

Son los saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su devastación sistemática. [...] Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos; si es pobre, ambiciosos. [...] A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz a sembrar la desolación.

TÁCITO, *Diálogo sobre los oradores*

## PRÓLOGO

ENERO DE 1957

Esta parecería la peor historia jamás contada si no hubiera sucedido, toda ella, hasta el último detalle, exactamente como la he descrito.

Es lo que tiene la vida real: todo parece inverosímil hasta el momento en el que empieza a ocurrir. Mi experiencia como inspector de policía y los acontecimientos de mi propia historia personal confirman esta observación. Mi vida no ha tenido nada de probable. Pero tengo la firme sensación de que a todo el mundo le pasa lo mismo. La suma de las historias que nos convierten a todos en quienes somos solo parece exagerada o ficticia hasta que nos encontramos viviendo entre sus páginas manoseadas y manchadas.

Por supuesto, los griegos tienen una palabra para definir eso: «mitología». La mitología lo explica todo, desde los fenómenos naturales hasta lo que ocurre cuando mueres y vas allá abajo, o cuando cometes la imprudencia de robarle una caja de cerillas a Zeus. Da la casualidad de que los griegos tienen mucho que ver con esta historia en concreto. Quizá lo tienen con todas las historias, si te paras a pensarlo. Al fin y al cabo, fue un griego llamado Homero quien inventó la narrativa moderna, entre que perdió la vista y que lo más probable es que en realidad no existiera.



Como muchas historias, lo más seguro es que esta mejore de manera considerable con un par de copas de por medio. Así pues, adelante. Ponte cómodo. Tómate una a mi salud. Desde luego, a mí me gusta echar un trago, pero la verdad es que no soy un caso perdido. Ni mucho menos. Yo espero sinceramente que alguna noche salga a tomar algo y despierte amnésico en un buque rumbo a algún sitio del que no haya oído hablar.

Es el romántico que llevo dentro, supongo. Siempre me ha gustado viajar, incluso cuando era bastante feliz en casa. Podría decirse que sencillamente quería escapar. De las autoridades, sobre todo. Y todavía quiero, a decir verdad, cosa que rara vez se hace. No en Alemania. No en mi caso y en los de muchos otros como yo. Para nosotros el pasado es como el muro exterior del patio de una cárcel: lo más probable es que nunca logremos trasponerlo. Y no deberían dejarnos trasponerlo, claro, si se tiene en cuenta quiénes fuimos y todo lo que hicimos.

Pero ¿cómo explicar lo que ocurrió? Solía ver esa pregunta en las miradas de algunos huéspedes americanos del Grand Hôtel Cap Ferrat, del que hasta hace poco era conserje, cuando caían en la cuenta de que era alemán: «¿Cómo es posible que sus compatriotas asesinaran a tantos otros?». Bueno, así es la cosa: cuando paseas por una gran lonja de pescado, aprecias hasta qué punto resulta extraña y diversa la vida; cuesta imaginar que existan siquiera las siniestras criaturas fantásticas de aspecto escurridizo que ves sobre los expositores de mármol, y a veces, cuando contemplo a mis congéneres, tengo justo esa sensación.

Yo soy un poco como una ostra. Hace años —en enero de 1933, para ser exactos— se me metió en la concha un poco de arena y empezó a buscarme las cosquillas. Pero si hay

una perla en mi interior, lo más seguro es que sea negra. A fuer de ser sincero, durante la guerra hice unas cuantas cosas de las que no me siento muy orgulloso que digamos. No hice nada fuera de lo normal. De eso va la guerra. Consigue que todos los que participamos en ella nos sintamos como criminales, como que hemos hecho algo malo. Aparte de los auténticos criminales, claro; aún no se ha inventado la manera de lograr que se sientan mal por nada. Con una excepción, quizá: el verdugo de Landsberg. Cuando se le da la oportunidad, es capaz de provocarle una crisis de conciencia prácticamente a cualquiera.

Oficialmente, dejamos todo eso atrás. Nuestra revolución nacionalsocialista y la devastadora guerra que provocó han terminado y la paz que hemos disfrutado desde entonces ha sido, gracias a los americanos por lo menos, cualquier cosa menos cartaginesa. Dejamos de ahorcar a gente hace mucho tiempo, y todos salvo cuatro de los cientos de criminales de guerra que fueron atrapados y encerrados de por vida en Landsberg han sido puestos en libertad. Estoy convencido de que esta nueva República Federal Alemana puede ser un país tremendo cuando hayamos terminado de apañarlo. Toda Alemania Occidental huele a recién pintado, y todos y cada uno de los edificios públicos se encuentran en un proceso de remodelación fundamental. Las águilas y las esvásticas desaparecieron hace tiempo, pero se están borrando hasta sus vestigios, como a León Trotski de una vieja fotografía del Partido Comunista. En la tristemente famosa Hofbräuhaus de Múnich —allí más que en cualquier otra parte, quizá— se había hecho todo lo posible por tapar con pintura las esvásticas en el techo abovedado de color crema, aunque aún se entreveía dónde habían estado. De no ser por eso —las huellas del fascismo—, sería fácil creer

que los nazis no existieron nunca y que los trece años de vida bajo Adolf Hitler fueron una especie de horrenda pesadilla gótica.

Ojalá las marcas y señales del nazismo en el alma bivalva y emponzoñada de Bernie Gunther se hubieran podido borrar con la misma facilidad. Por estas y otras complicadas razones en las que no entraré ahora, hoy en día solo soy yo mismo de verdad cuando, por necesidad, estoy solo. El resto del tiempo, me veo obligado a ser otro.

Así pues. «Hola. Dios te dé la bienvenida», como decimos aquí en Baviera. Me llamo Christof Ganz.

Bramaba un viento feroz por las calles de Múnich cuando fui a trabajar esa noche. Era uno de esos vientos bávaros fríos y secos que soplan de los Alpes, cortantes como una navaja nueva, que hacen que desees vivir en algún sitio más cálido, o tener un abrigo mejor, o por lo menos un trabajo en el que no hubiera que fichar a las seis de la tarde. Había hecho turnos de noche más que suficientes cuando era poli en la Comisión de Homicidios de Berlín, por lo que tendría que haber estado acostumbrado a los dedos azulados y los pies fríos, por no hablar de la falta de sueño y el sueldo irrisorio. En noches así, un concurrido hospital de ciudad no es el mejor sitio para que uno se vea condenado a trabajar como portero de un tirón hasta el amanecer. Tendría que estar sentado junto al fuego en una cervecería acogedora con una jarra de cerveza blanca coronada de espuma delante, mientras su mujer espera en casa, la viva imagen de la fidelidad conyugal, tejiendo una mortaja y tramando endulzarle el café con algo un poco más letal que otra cucharadita de azúcar.

Por supuesto, cuando digo que era portero de noche, habría sido más preciso decir que era celador en el depósito de cadáveres, pero ser portero de noche suena mejor en una conversación educada. «Celador en el depósito de cadáveres» incomoda a muchos. A los vivos,

sobre todo. Pero cuando has visto tantos cadáveres como yo, al final ni siquiera pestañeas ante la cercanía de la muerte. Puedes sobrellevar toda la que te echen después de cuatro años en el matadero de Flandes. Además, era un empleo y con lo escasos que van estos hoy en día no se le mira el dentado al caballo regalado, ni siquiera al jamelgo renqueante que los antiguos camaradas de Paderborn me habían comprado, sin verlo siquiera, ante las puertas de la fábrica de pegamento local; me aviaron el trabajo en el hospital después de haberme dado una identidad nueva y cincuenta marcos. Así pues, hasta que encontrara algo mejor, tenía que conformarme y mis clientes tenían que conformarse conmigo. Desde luego, ninguno se quejaba de que me anduviera con poco tacto.

Cualquiera diría que los muertos son capaces de cuidarse solos, pero, como es lógico, siempre hay alguien que muere en un hospital y, cuando ocurre, suelen necesitar un poco de ayuda para apañárselas. Por lo visto, los tiempos en los que se defenestraba a los pacientes han terminado. Mi trabajo consistía en ir a buscar los cadáveres a los pabellones y bajarlos al templo de la muerte y, una vez allí, lavarlos antes de sacarlos para que los recogieran los de la funeraria. En invierno no nos molestábamos en mantener los cadáveres en lugar frío ni echar espray contra las pulgas. No era necesario; el depósito de cadáveres estaba a pocos grados sobre cero. Buena parte del tiempo trabajaba solo y, después de un mes en el hospital de Schwabing, supongo que casi estaba acostumbrado: al frío, al olor y a la sensación de estar solo y no estar solo del todo, si sabes a qué me refiero. De vez en cuando, algún cadáver se movía por su cuenta —lo hacen en ocasiones; suele ser por los gases—, cosa que, lo reconozco, era un tanto desconcertante. Aunque quizá no sorprendente.

Llevaba tanto tiempo solo que había empezado a hablar con la radio. Por lo menos, daba por sentado que las voces procedían de allí. En el país que dio a luz a Lutero, Nietzsche y Adolf Hitler, nunca se puede estar seguro del todo de esas cosas.

Esa noche en particular tuve que subir a la sala de urgencias y recoger un cadáver que le habría dado que pensar a Dante. Una bomba sin detonar —se calcula que hay decenas de miles enterradas por todo Múnich, lo que a menudo hace que el trabajo de reconstrucción sea peligroso— había estallado en la cercana zona de Moosach; había matado al menos a una persona y herido a varias más en una cervecería local que se había llevado la peor parte de la explosión. La oí detonar justo antes de empezar mi turno. Sonó como una ovación cerrada en el reino de Asgard. Si el vidrio de la ventana de mi cuarto no hubiera estado asegurado con cinta adhesiva para que no entrara corriente, sin duda se habría hecho añicos. Así que no hubo mayores consecuencias. ¿Qué importancia tiene un alemán más muerto por efecto de la bomba de una fortaleza volante norteamericana después de tantos años?

Parecía como si le hubieran dado al tipo un asiento de primera fila en algún círculo reservado del infierno donde lo hubiera machacado un minotauro muy pero que muy furioso antes de que lo hicieran pedazos. Sus tiempos de bailoteo habían terminado, teniendo en cuenta que las piernas se le acababan en las rodillas y que además sufría graves quemaduras; emanaba del cadáver un olorcillo como a barbacoa que era más aterrador incluso porque de algún modo leve e inexplicable resultaba apetecible. Solo los zapatos estaban intactos; todo lo demás —la ropa, la piel, el pelo— daba pena verlo. Lo lavé con cuidado —el torso era una piñata de astillas de vidrio y metal— e hice

todo lo posible por adecentarlo un poquito. Metí los lustrosos Salamander en una caja de zapatos, por si algún familiar del fallecido acudía a identificar al pobre diablo. Se puede deducir mucho de un par de zapatos; pero no habría sido una tarea más desesperada aunque hubiera pasado los últimos doce días siendo arrastrado por el polvo atado al carro preferido de alguien. La mayor parte de su cara se asemejaba a medio kilo de carne de perro recién troceada, y la muerte súbita parecía haberle hecho un favor al tipo, aunque yo no hubiera reconocido nunca tal cosa. La eutanasia sigue siendo un tema delicado en la larga lista de temas delicados de la Alemania actual.

No es de extrañar que haya tantos espectros en esta ciudad. Hay quienes se pasan la vida entera sin ver un solo fantasma; yo los veo constantemente. Fantasmas que, además, reconozco en cierto modo. Doce años después de la guerra era como vivir en el castillo de Frankenstein, y cada vez que miraba alrededor me parecía ver una cara meditabunda y quejumbrosa que recordaba a medias de antes. A menudo se parecían a antiguos camaradas, pero de vez en cuando se asemejaban a mi pobre madre. La echo mucho de menos. A veces, los otros espectros me tomaban a mí por un fantasma, cosa que tampoco era muy sorprendente; solo ha cambiado mi nombre, no mi cara, lo que es una pena. Además, el corazón me daba un poco la lata, igual que un niño difícil, solo que no era tan joven. De cuando en cuando me daba un vuelco sencillamente porque sí, como para demostrarme que podía hacerlo y lo que podía ocurrirme si decidía dejar de cuidar de un Fritz latoso como yo.

Después de volver a casa al terminar mi turno tuve sumo cuidado de cerrar la llave del gas en la cocina de dos quemadores tras hervir agua para preparar el café que

solía tomarme con el schnapps a primera hora de la mañana. El gas es tan explosivo como la dinamita, incluso la sustancia desleída que llega rechinando por las tuberías alemanas. Delante de mi sombría ventana amarillenta había un montículo de dos metros y medio de alto de escombros cubiertos de malas hierbas, otro legado de los bombardeos de la guerra: el setenta por ciento de los edificios de Schwabing habían sido destruidos, lo que ya me iba bien, porque abarataba el alquiler de habitaciones en la zona. El mío era un edificio que iba a ser demolido y tenía en la fachada una larga grieta tan ancha que se podría haber ocultado en ella una antigua ciudad del desierto. Pero a mí me gustaba el montón de escombros. Me servía de recordatorio de lo que era mi vida hasta hacía poco. Incluso me gustaba que hubiera un guía local que llevaba a los visitantes hasta la cima del montículo, como parte del *tour* de Múnich que anunciaba. Había una cruz conmemorativa en la cumbre y una bonita vista de la ciudad. El ingenio del tipo era admirable. Cuando yo era pequeño subía a lo más alto de la catedral de Berlín —264 peldaños, nada menos— y me paseaba por el perímetro de la cúpula con las palomas por toda compañía; pero nunca se me había ocurrido hacer carrera con ello.

Múnich nunca me había gustado mucho, con su aprecio por los trajes típicos tradicionales y las alegres bandas de viento, el devoto catolicismo romano y los nazis. Berlín me iba mucho más y no solo porque fuera mi ciudad natal. Múnich siempre fue una ciudad más sumisa, gobernable y conservadora que la vieja capital prusiana. Tuve ocasión de conocerla a fondo en los primeros años de la posguerra, cuando mi segunda esposa, Kirsten, y yo intentábamos regentar un hotel pésimamente ubicado en un barrio de Múnich llamado Dachau, ahora de triste fama por el campo



de concentración que tenían allí los nazis. No me gustaba mucho más por aquel entonces. Kirsten murió, cosa que no fue de ayuda, y poco después me marché, pensando que no volvería nunca, y bueno, aquí estaba otra vez, sin auténticos planes de futuro, al menos ninguno que pudiera manifestar de viva voz, por si acaso Dios está a la escucha. No me parece que sea ni remotamente tan misericordioso como tienden a creer muchos bávaros. Sobre todo, un domingo por la noche. Y desde luego, no después de Dachau. Pero allí estaba, y procuraba ser optimista pese a que no había absolutamente ningún margen para ello —no en un alojamiento tan estrecho como el mío— y hacer todo lo posible por ver el lado bueno de la vida aunque tuviera la sensación de que quedaba al otro lado de una verja muy alta de alambre de espino.

Por todo ello, me satisfacía en cierta medida hacer lo que hacía para ganarme la vida; limpiar mierda y lavar cadáveres parecía una condena adecuada por lo que había hecho con anterioridad. Era poli, no un poli como es debido, sino un sicario en el Servicio de Seguridad de gente como Heydrich, Nebe y Goebbels. Ni siquiera era una auténtica condena como la que se le había impuesto al antiguo rey alemán Enrique IV, quien, como bien señalan las crónicas, fue de rodillas hasta el castillo de Canossa para pedir el perdón del papa, aunque quizá ya me fuera bien. Además, al igual que mi corazón, mis rodillas ya no son lo que eran. Modestamente, como la propia Alemania, intentaba recuperar poco a poco la respetabilidad moral. Después de todo, es innegable que yendo poco a poco puedes llegar muy lejos, incluso si vas de rodillas.

A decir verdad, ese proceso le estaba yendo algo mejor a Alemania que a mí, y todo gracias al Anciano. Así llamábamos a Konrad Adenauer, porque tenía setenta y tres

años cuando se convirtió en el primer canciller de Alemania Occidental después de la guerra. Seguía ocupando el cargo a los ochenta y un años, a la cabeza de los cristianodemócratas y, a menos que formaras parte de un grupo judío radical como Irgun, que había intentado asesinarlo en más de una ocasión, era justo reconocer que había hecho un trabajo bastante bueno. La gente ya hablaba del «Milagro del Rin», y no se referían a san Albano de Maguncia. Gracias a la combinación del Plan Marshall, la baja inflación, el rápido desarrollo industrial y el trabajo duro sin más, ahora a Alemania le iba mejor económicamente que a Inglaterra. Eso tampoco me sorprendía mucho; los Tommies siempre eran demasiado rebeldes para su propio bien. Después de ganar dos guerras mundiales habían cometido el error de pensar que el mundo les debía su sustento. Quizá el auténtico milagro era cómo el resto del mundo parecía haber perdonado a Alemania por empezar una guerra que les había costado las vidas a cuarenta millones de personas; y eso a pesar de que el Anciano había abrogado todo el proceso de desnazificación y declarado una amnistía para todos nuestros criminales de guerra, lo que sin duda explicaba que hubiera sospechas generalizadas y persistentes de que muchos antiguos nazis volvían a formar parte del gobierno. El Anciano también tenía una explicación útil para eso: decía que había que cerciorarse de tener un buen suministro de agua limpia antes de deshacerse del agua sucia.

Dado que me ganaba la vida lavando los cuerpos de alemanes muertos, no podía mostrarme en desacuerdo.

Como es natural, yo tenía más agua sucia en mi cubo que la mayoría, y por encima de todo apreciaba mi anonimato recién hallado. Como Garbo en *Gran Hotel*, solo

quería estar a solas y la idea de ser un desconocido me gustaba más que la barbita que, a tal efecto, me había dejado crecer. La barba era de un gris tirando a rubio ligeramente metálico; me hacía parecer más inteligente de lo que soy. Nuestras vidas están conformadas por las decisiones que tomamos, claro, y eso se nota más en el caso de las equivocaciones. Pero la idea de que tanto la poli como los organismos de seguridad e inteligencia más importantes del mundo se habían olvidado de mí era agradable, como mínimo. La vida me iba bien sobre el papel; de hecho, era el único sitio donde daba la impresión de que la había aprovechado, cosa que, y esto lo digo como el policía que fui durante muchos años, era sospechosa en sí misma. Así pues, para que la vida como Christof Ganz resultase más fácil, consagraba parte del tiempo libre a repasar los escuetos datos de su vida y me inventaba algunos de sus hechos y logros. Lugares donde había estado, trabajos que había desempeñado y, sobre todo, los servicios prestados durante la guerra en nombre del Tercer Reich. Más o menos tal como todos los demás habían hecho en la nueva Alemania. Sí, todos nos habíamos vuelto muy creativos con nuestro currículum. Incluidos, por lo visto, muchos miembros del Partido Cristianodemócrata.

Eché otro trago con el desayuno, solo para conciliar el sueño, claro, y me fui a la cama, donde soñé con tiempos más felices, aunque quizá no habría sido más que una plegaria al dios de los nubarrones que moraba en las alturas. Como las plegarias rara vez son atendidas, es difícil apreciar la diferencia.

Cuando fui a trabajar la noche siguiente, la víctima de la bomba de Moosach seguía allí, tendida sobre el mármol como el festín que un buitre hubiera dejado a medio comer. Alguien le había anudado una etiqueta al dedo gordo del pie, cosa que, teniendo en cuenta que la pierna ya no seguía unida al cuerpo, parecía imprudente como mínimo. Se llamaba Johann Bernbach, y solo tenía veinticinco años. Ahora sabía un poco más sobre la bomba por lo que se decía en el *Süddeutsche Zeitung*. Un proyectil de doscientos cincuenta kilos había explotado en un solar al lado de una cervecería en Dachauerstrasse, a menos de cincuenta metros de la fábrica de gas municipal. El gasómetro contenía más de doscientos mil metros cúbicos de gas, por lo que el periódico transmitía la idea de que la ciudad había salido muy bien parada con solo dos muertos y seis heridos. Así se lo dije a Bernbach cuando lo vi.

—Espero que llevaras unas cuantas cervezas entre pecho y espalda cuando te tocó el turno, amigo mío. Las suficientes para no notar las aristas de la metralla. Mira, ahora no te importará mucho, pero tu muerte inesperada no se está tratando con todo el respeto que merece. Para decirlo sin ambages, Johann, parece que todo el mundo se alegra de que solo te chamuscaras tú. Había un gasómetro cerca de donde se produjo el pepinazo. Y además estaba

lleno de gas. Habría bastado para que mi pequeño sector de hospital se pasara días colapsado. En cierto modo es apropiado que acabaras aquí, teniendo en cuenta que te mató una bomba de los Amis. Hasta el año pasado, este era un hospital americano. Sea como sea, he hecho todo lo posible por ti. Te he sacado la mayor parte del vidrio del cuerpo. Te he adecentado las piernas un poco. Ahora es cosa de los de la funeraria.

—¿Siempre habla así con sus clientes?

Me di la vuelta para ver a Herr Schumacher, uno de los gerentes del hospital, plantado en el umbral. Era austriaco, de Braunau am Inn, una pequeña población en la frontera con Alemania, y, aunque no era médico, llevaba bata blanca de todos modos, acaso para parecer más importante.

—¿Por qué no? Rara vez contestan. Además, tengo que hablar con alguien que no sea yo mismo. De lo contrario, me volvería loco.

—Dios mío. Virgen santa. No tenía ni idea de que se encontrara en un estado tan lamentable.

—No diga eso. Herirá sus sentimientos.

—Es que hay un hombre arriba, en el pabellón Diez, preparado para identificar oficialmente a este pobre desgraciado antes de que se lo lleven esta noche. Es otra de las personas que se vieron implicadas en la explosión de ayer. Ahora es paciente del hospital. Va en silla de ruedas, pero no le pasa nada en los ojos. Esperaba que lo bajara aquí y ayudara a ocuparse del asunto. Pero ahora que he visto el cadáver; bueno, no estoy seguro de que no vaya a desmayarse. Dios bendito, yo he estado a punto.

—Si va en silla de ruedas, quizá no importe mucho. Ya lo llevaría yo a alguna parte para que se recupere. Como a otro hospital, quizá. —Encendí un cigarrillo y expulsé el

humo por mis agradecidas fosas nasales—. O, por lo menos, a algún sitio donde tengan ropa de cama limpia.

—Ya sabe que no debería fumar aquí.

—Lo sé. Y he recibido quejas. Pero el caso es que fumo por razones médicas de peso.

—Dígame una.

—El olor.

—Ah. Eso. Sí, no le falta razón. —Schumacher sacó uno del paquete que le pasé por debajo de la nariz y me dejó que le diera fuego—. ¿No los suelen tapar con algo? ¿Una sábana o así?

—No esperábamos visitas. Pero mientras los de la lavandería sigan en huelga, las sábanas limpias se reservan a los vivos. Eso me han dicho, por lo menos.

—De acuerdo. Pero ¿no puede hacer algo con la cara?

—¿Qué sugiere? ¿Una máscara de hierro? De todos modos, eso no ayudaría con el proceso de identificación. Dudo que ni la mismísima madre de este pobre Fritz lo reconociera. Desde luego, esperemos que no se vea en la tesitura de intentarlo. Pero teniendo en cuenta su más que evidente falta de similitud con nada que se pueda expresar con palabras que no tomen el nombre del Señor en vano, me parece que seguramente nos hallamos en el ámbito más hermético de otras marcas características, ¿no cree?

—¿Tiene alguna?

—Tiene una. Lleva un tatuaje en el antebrazo.

—Bueno, eso debería ser útil.

—Quizá. Quizá no. Es un número.

—¿Quién se tatúa un número?

—Tatuaban a los judíos, en los campos de concentración. Para identificarlos.

—¿Eso hacían?

—No, lo cierto es que lo hacíamos, nosotros los alemanes. Los compatriotas de Beethoven y Goethe. Era como un billete de lotería, pero no muy afortunado. Este tipo debió de estar en Auschwitz cuando era niño.

—¿Dónde queda eso?

Schumacher era de esos austriacos estúpidos que preferían creer que su país era la primera nación libre que había sido víctima de los nazis y por lo tanto no era responsable de lo que había ocurrido, pero resultaba difícil dar crédito a algo así en el caso de Braunau am Inn, famosa por ser la ciudad natal de Adolf Hitler, y el motivo más que probable de que Schumacher la hubiera abandonado ya para empezar. ¿Cómo reprochárselo? Pero tampoco estaba dispuesto a poner en tela de juicio ninguna de sus convicciones. Después de todo, era mi jefe.

—En Polonia, creo. Pero no importa. Ya no.

—Bueno, mire, a ver qué puede hacer con respecto a la cara, Herr Ganz. Y luego vaya a buscar al testigo, ¿de acuerdo?

Una vez se hubo ido Schumacher, rebusqué una toalla limpia y en un armario encontré una que debían de haberse dejado los Amis. Era una toalla del Club de Mickey Mouse, que no era lo que se dice ideal, pero presentaba mucho mejor aspecto que el hombre encima del mármol. Así pues, le cubrí con cuidado la cabeza y subí en busca del paciente.

Estaba vestido y esperándome. Aunque lo esperaba a él no esperaba encontrarme a los dos polis que lo acompañaban. Tendría que habérmelos esperado, pues él había accedido a identificar un cadáver, y a eso se dedican los polis cuando no están dirigiendo el tráfico o robando relojes. El más bajo de los agentes iba de uniforme, y el otro, vestido de civil; peor aún, reconocí vagamente al Fritz más grande con ropa de calle y, supongo, él me reconoció

vagamente a mí, lo que fue una pena porque esperaba eludir a los polis de Múnich hasta que la barba me hubiera crecido un poco más, pero ya era muy tarde para eso. Así pues, gruñí el saludo genérico, que consistía en un par de consonantes rayanas en lo huraño, agarré la silla de ruedas y empujé al paciente hacia el ascensor con los dos polis siguiéndome los pasos. No me preocupaba que mis modales no les gustaran, porque a fin de cuentas no era más que un portero de noche, y no tenía por qué caerles bien: bastaba con que me siguieran hasta el depósito de cadáveres. No era una buena silla de ruedas porque escoraba claramente hacia la izquierda, pero no era de extrañar, teniendo en cuenta la corpulencia del herido. Lo más sorprendente era el mero hecho de que la silla se moviese. El paciente era un tipo más bien gordo y casi cuarentón, y la tripa cervecera le caía sobre el regazo como si contuviera todas sus posesiones terrenales. Sabía que era una tripa cervecera porque yo también pensaba trabajarme la mía, en cuanto me subieran el sueldo. Además, su ropa apestaba a cerveza, como si hubiera tenido una jarra de dos litros de Pschorr delante cuando estalló la bomba.

—¿Hasta qué punto conocía al fallecido, Herr Dorpmüller? —preguntó el inspector mientras nos seguía por el pasillo.

—Bastante bien —respondió el hombre de la silla de ruedas—. Durante los últimos tres años fue mi pianista en el Apollo. Es el cabaret que regento en el hotel Múnich, en la misma calle que la cervecería. Johann era capaz de interpretar cualquier cosa. Jazz o música clásica. En cierta medida, mi esposa y yo éramos la única familia que le quedaba, teniendo en cuenta lo que le había ocurrido. Es una pena que sea Johann quien haya muerto así,



precisamente él, después de todo lo que sufrió en los campos de niño; de todas las cosas a las que sobrevivió.

—¿Recuerda algo, lo que sea?

—La verdad es que no. Sucedió cuando estábamos a punto de salir para abrir el cabaret esa noche. ¿Se sabe exactamente lo que pasó? Con la bomba, quiero decir.

—Al parecer, uno de los que trabajaban en el solar contiguo a la cervecería donde estaban bebiendo debió de golpear la bomba con un pico. Lo que pasa es que aún tenemos que encontrar sus restos para preguntárselo. Lo más probable es que no los hallemos nunca. Yo diría que los fumadores locales se pasarán los próximos días inhalando sus átomos. Es usted un hombre afortunado. Un metro más cerca de la puerta y sin duda habría muerto.

Mientras empujaba la silla de ruedas no pude por menos de coincidir con el inspector. Si bajaba la mirada veía dos orejas quemadas que parecían los pétalos de una flor de pascua, y una larga hilera de puntos de sutura en el cuello que me hizo pensar en el ferrocarril Transiberiano. Llevaba el brazo escayolado y tenía pequeños cortes por todas partes. A todas luces, Herr Dorpmüller había escapado por muy, pero que muy poco.

Bajamos en ascensor al sótano donde, delante de la puerta del depósito de cadáveres, encendí otro Eckstein y, al estilo de Orson Welles, pronuncié unas breves y sombrías palabras de advertencia antes de llevarlos adentro para ver la atracción principal. Si me importaban sus estómagos era porque a buen seguro me encargaría de limpiar su contenido del suelo.

—Bien, caballeros. Aquí estamos. Pero antes de entrar, debo advertirles de que el fallecido no ofrece el mejor aspecto posible. Por un lado, vamos escasos de ropa de cama limpia en el hospital, por lo que el cadáver no está

cubierto. Por otro, las piernas ya no están unidas al cuerpo, que sufre graves quemaduras. He hecho todo lo posible por adecentarlo un poco, pero el caso es que no van a poder identificar a este hombre mediante el procedimiento habitual, es decir, por la cara. No tiene cara. Ya no. Al parecer, su rostro quedó hecho jirones a causa del vidrio que salió despedido, por lo que no guarda más relación con la foto de su pasaporte de la que guardaría un plato de col lombarda. Por eso le cubre la cabeza una toalla.

—Y me lo dice ahora —comentó el inspector.

Sonreí con paciencia.

—Hay otras maneras de identificar a un hombre, me parece a mí. Marcas distintivas. Viejas cicatrices. Incluso he oído hablar de una cosa que hay ahora llamada huellas dactilares.

—Johann tenía un tatuaje en el antebrazo —repuso el de la silla de ruedas—. Un número de identificación de seis dígitos del campo en el que estuvo. Birkenau, me parece. Solo me lo enseñó un par de veces, pero estoy más o menos seguro de que los primeros tres números eran uno, cuatro y cero. Acababa de comprarse un par de zapatos nuevos Salamander.

Mientras él inspeccionaba el tatuaje, busqué los zapatos y le dejé que les echara un vistazo. Mientras tanto, me quedé junto al poli de uniforme y asentí cuando preguntó si podía fumar.

—Es por el olor —confesó—. Formaldehído, ¿verdad?

Asentí de nuevo.

—Siempre me pone nervioso.

—Bueno, ¿es él? —preguntó el inspector.

—Eso parece —respondió Dorpmüller.

—¿Seguro?

—Bueno, supongo que tanto como puedo estarlo sin verle la cara.

El inspector miró la toalla de Mickey Mouse que le tapaba la cabeza al muerto y luego, con cara acusadora, me miró a mí.

—¿Tan mal la tiene? —preguntó—. La cara.

—Muy mal —dije—. Deja al Hombre Lobo a la altura de cualquier hijo de vecino.

—Seguro que exagera.

—No, ni por asomo. Pero desoiga mi consejo cuanto le venga en gana. Aquí abajo nadie me hace caso, o sea que ¿por qué iba a hacérmelo usted?

—Maldita sea —rezongó—, ¿cómo esperan que identifique con seguridad un cadáver que no tiene cara?

—Es un problema, desde luego —repuse—. No hay nada como un depósito de cadáveres para recordarle a uno la fragilidad de la carne humana.

Por algún motivo dio la impresión de que el inspector me reprochaba el inconveniente, como si yo intentara malograr su investigación.

—Pero ¿qué demonios les pasa aquí? ¿Es que no podían haber buscado alguna otra cosa para taparle la cara? ¿Por no hablar del resto del cuerpo? He oído hablar de la cultura nudista en este país, pero esto es ridículo.

Me encogí de hombros a modo de respuesta, cosa que no pareció satisfacerle, pero eso no era problema mío. Nunca me había importado mucho decepcionar a los polis. Ni siquiera cuando lo era.

—Esa estúpida toalla es una falta de respeto —insistió el inspector—. Y lo que es peor, usted lo sabe.

—Este era el hospital americano —repliqué a modo de explicación—. Y la toalla era lo único que tenía a mano.

—Mickey Mouse. Debería informar acerca de usted, amigo.

—Tiene razón —reconocí—. Es una falta de respeto. Lo siento.

Le quité la toalla de la cabeza al muerto de un zarpazo y la tiré al cubo de la ropa sucia, con la esperanza de hacer callar al inspector. Y casi funcionó, solo que los tres gruñeron o silbaron al unísono y de pronto aquello sonó como el Polo Sur. El poli de uniforme giró sobre los talones para ponerse de cara a la pared y su colega vestido de calle se llevó una manaza a la boca más grande aún. Solo el Fritz herido en la silla de ruedas se quedó mirando, con una fascinación nacida del horror, como el conejo que mira de hito en hito la serpiente que está a punto de matarlo, reconociendo quizá por primera vez la microscópica posibilidad de emprender la huida.

—Esto es lo que hace una bomba —dije—. Ya pueden levantar todos los monumentos y estatuas que quieran. Pero son estampas como la de este pobre hombre las que mejor conmemoran la futilidad y el desperdicio de la guerra.

—Llamaré a la funeraria —susurró el de la silla de ruedas, casi como si, hasta ese preciso instante, no se hubiera creído del todo que Johann Bernbach estaba muerto de veras—. En cuanto vuelva a casa. —Y luego añadió—: ¿Conoce alguna funeraria?

—Esperaba que me lo preguntara. —Le di una tarjeta de visita—. Si le dice a Herr Urban que va de parte de Christof Ganz, le hará un descuento especial.

El descuento no era gran cosa, pero sí lo suficiente para cubrir la propinilla que me daría Herr Urban si el cliente acudía a él. Suponía que la única manera que tenía de salir

de ese depósito de cadáveres era buscándome yo el porvenir.

Eran las diez en punto de la noche cuando Adolf Urban, el director de la funeraria local, apareció para llevarse a Johann Bernbach a su nuevo domicilio, más permanente. Urban rara vez decía gran cosa, pero en esta ocasión — conmovido por el aspecto de la cara del muerto, la perspectiva del nuevo negocio y quizá unos tragos que había disfrutado antes de venir al hospital de Schwabing— estaba locuaz, al menos para un enterrador.

—Gracias por mandármelo —dijo, y me dio un par de marcos.

—No sé si ha sido muy buen encargo. Este va a dar trabajo más que de sobra.

—No. Yo creo que el funeral será con el ataúd cerrado. Sería una pérdida de tiempo intentar dejar a este tipo como Cary Grant. Pero es su cara la que me interesa más, Herr Ganz.

Casi me estremecí, y deseé con todas mis fuerzas que no me hubieran reconocido. Sabía por conversaciones anteriores que Urban había incinerado a algunos de los nazis menos importantes que ahorcaron los Amis en Landsberg en 1949. Ninguno de ellos parecía dispuesto a irse de la lengua, pero según mi experiencia nunca se es demasiado precavido cuando se trata de un pasado que intentas quitarte de encima como un fuerte resfriado.